

Yo, yo mismo y Carrère

Anagrama reúne por primera vez en castellano las crónicas y reportajes del último, más celebrado y mejor apologista de la no ficción

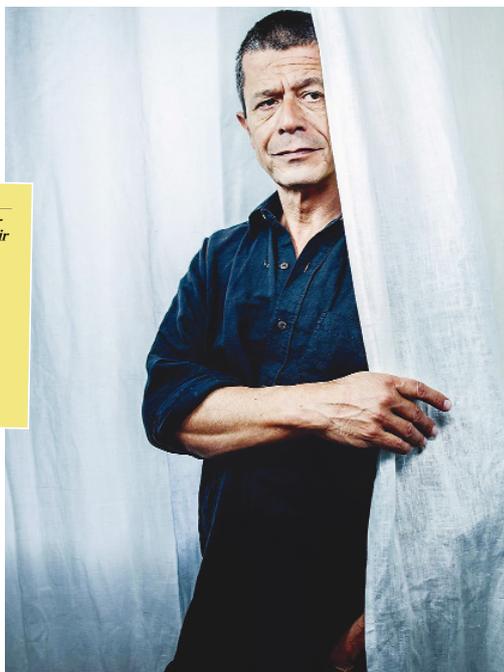
La de Emmanuelle Carrère, con Houellebecq, Echenoz y Modiano, es una de las voces más interesantes y personales de la literatura francesa contemporánea. De los cuatro, todos en Anagrama, quizá Carrère sea el más polifacético (periodista, escritor, guionista y cineasta). Traspasa los géneros con envidiable naturalidad, el suyo es un estilo mestizo, híbrido. Su particular narrativa—desde luego no es ficción, ni tampoco periodismo, ni biografía, ahí están *Limónov* o *El adversario*—gana cada vez más adeptos, a pesar de las dudas iniciales del propio Carrère. Según él, escribe “un tipo peculiar de libros de no ficción o, mejor, sin ficción”, donde “lo que hay en común es que hablan de situaciones y personajes reales. No ficcionalizo”.

El mes pasado recibió en Guadalajara (México) el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances y durante su intervención volvió a mencionar a Capote y, esta vez, también a otro escritor cuya influencia jamás hubiéramos sospechado, Dickens. Les invito a *googlear* el discurso completo. Es estupendo. Muy revelador: “...Algunos de mis personajes reales, nombrados con sus nombres verdaderos, eran mis amigos, otros no. A algunos les dí a leer el libro antes de su publicación, a otros no. Algunos se sintieron muy agradecidos, otros me odiaron. He tenido suerte hasta ahora, nadie me ha demandado, pero sé lo que se siente cuando uno se expone a la respuesta de la realidad... Un escritor que habla de sí mismo tiene la experiencia cuando quiere y aunque sea muy sincero, muy audaz, muy exhibicionista, en el fondo no se arriesga demasiado. Pero cuando involucra a personas reales, se arriesga a lastimarlas... Sé de

qué hablo, he escrito al menos un libro en el que me reprocho haber ido demasiado lejos...”.

Lo que el lector de *Conviene tener un sitio adonde ir* tiene entre manos es una recopilación de sus textos periodísticos desde 1990. Algunas de las piezas, por tanto, fueron escritas cuando Carrère todavía no era Carrère. También en esas está él por entero. Un libro misceláneo compuesto de treinta y tres piezas de procedencia muy diversa y de categoría también bastante dispar. Encontramos colaboraciones y reportajes de todo tipo, crónicas de viaje, columnas de opinión, semblanzas (le salen especialmente bien los personajes al límite)... Hasta una fallida entrevista a Catherine Deneuve.

Su estilo es siempre envidiable, pero brilla todavía más en terrenos habitualmente poco lucidos, las crónicas de tribunales, de sucesos—parricidios, ase-



“Un tipo peculiar de libros de no ficción o, mejor, sin ficción”

Carrère escribe desde una subjetividad muy marcada y una irrenunciable primera persona, entre lo confesional y lo irónico

sinatos especialmente horribles—. Historias espeluznantes abordadas desde un realismo emocional considerable. No es que Carrère comprenda o ampare a estos asesinos, ni que se ponga en sus zapatos ni que trufe sus historias de ese espumillón sentimental tan frecuente

en esa clase de periodismo. Sabe que lo que tiene que contar está fuera de su alcance, aunque sin duda forme parte de eso que llamamos condición humana, y necesita inventar una cercanía desde la que le resulta más fácil abordar la escritura. Cualquiera que se viera en la obligación de

contar estas tristes y sórdidas historias por escrito debería tener presente a Carrère.

Escribe desde una subjetividad muy marcada y una irrenunciable primera persona, un tono a medio camino entre lo confesional y lo irónico. Construye un narrador que no evita involucrarse ni interferir cuando lo considera conveniente, sería absurdo fingirse imparcial. Sabe que es imposible evadirse por completo y utiliza con maestría un recurso poco habitual: meterse a sí mismo en la narración, convertirse en un personaje (ficticio) en medio de una his-

toria real y asegurarnos que bueno, que tratará de interferir lo menos posible.

Perspectiva

Hay al menos un par de piezas inolvidables, varias muy buenas, algunas que prefiguran obras mayores y también otras más prescindibles, momentos en los que Carrère parece venirse demasiado arriba, como en la última de sus *Nueve crónicas para una revista italiana*, que le valió el despido fulminante. Como en su discurso de Guadalajara, también en varios momentos de esta recopilación reflexiona acerca del punto de vista, de la ‘responsabilidad’ del narrador, del lugar exacto que le corresponde. A menudo se detiene a explicarnos el mecanismo de sus artefactos literarios, el proceso de construcción de sus textos.

Nos descubre escritores, cineastas, guionistas de novela gráfica. Incluye reseñas, perfiles, recomendaciones en las que, como de pasada, mientras habla de Defoe o Philip K. Dick siempre acaba fijándose en los aspectos que a él más le preocupan (estrategias narrativas que tienen que ver precisamente con la visibilidad del narrador). Resulta interesante observar cómo han ido evolucionando Carrère y su método. Experimenta, prueba, busca. Alguna vez se equivoca, casi siempre acertada. A medida que su fama y reconocimiento aumentaban, su estilo iba volviéndose cada vez más auto consciente. Aunque se ocupe de temas políticos, de actualidad o culturales, el tema es él mismo. Y cuánto lo agradecemos, porque probablemente sea este punto egocéntrico lo que le convierte en un escritor verdaderamente único.

Miguel Artaza

‘The César Aira Experience’

A medida que aumenta su relevancia y su obra se multiplica sin tasa, la figura de César Aira va camino de convertirse en algo así como inabarcable, imposible de clasificar. No solo porque lleva casi cuatro décadas escribiendo, de media, un par de libros al año, también porque es un novelista raro. Hace gala de un enorme vanguardismo, un marcado gusto por la experimentación. A menudo crea sus historias a partir de cambios bruscos de dirección en los que abandona las reglas de verosi-

mitud para intentar avanzar a partir de un hecho absurdo que pone a prueba la posibilidad de continuar el relato. Lleva años trabajándose la etiqueta de ‘raro’, que de algún modo lo convierte en imprescindible.

Asegura que improvisa el argumento de sus novelas a medida que las escribe, y que



apenas corrige. Además de chocante, divertido o imprevisible, Aira sigue siendo un escritor exigente. Su voz es más reconocible en los ensayos y metaficciones. Aunque de un modo diferente al de Carrère, también el argentino ha acabado ‘tematizando’ su propia experiencia per-

sonal, haciendo un género de sí mismo.

En la última recopilación de sus ensayos—*Evasión y otros ensayos* (Mondadori)—insiste en algunas de sus pasiones, sobre todo la literatura y el arte contemporáneo, y de alguna manera continúa trazando su propio canon personal, que incluye, entre otros, a Borges, Kafka, Stevenson, Picasso, Duchamp, Dalí... Se detiene a analizar la propia naturaleza del ensayo, el más aristocrático de los géneros, y el único, según él, inmune a los destrozos de la postmo-

dernidad. En otro momento llega a la conclusión de que literatura de evasión clásica ya no existe, ahogada por esa literatura del Yo que a menudo él mismo practica. Aira se nos muestra tan incisivo e inteligente como siempre. Y auto paródico: “Hay mucho escritor joven que considera que sus opiniones, sus gustos, sus amores, son lo suficientemente interesantes como para ponerlos por escrito”, se queja. Justamente lo que él hace en este libro.

M. A.